

Hijos del azogue - [primeros capítulos]

Sara M. Bernard



Image not found.

Capítulo 1

22 de octubre - 7:27 a.m.

Mi objetivo es que te envenenes y mueras. Que te descompongas en mil rastros y pueda encajarte de nuevo, cada pieza en un sitio equivocado. Ya no sabrás cómo andar sobre las manos, injertadas en los tobillos. Tu cráneo será una parte del codo derecho, externo, y de la curva en el omóplato izquierdo, por arriba. Mirarás con inquietud porque todo permanece en su lugar y no te lo explicas: las manos salen de las muñecas, la cabeza, sobre los hombros. ¿Qué ha cambiado entonces? Ahora eres una sombra deshilachada que camina sobre la tierra. Esto es lo que llamáis *muerte*. Ya no podrás ignorarlo. Y esto es lo que quería decirte: todos a mi alrededor acaban intoxicados y mueren, tú no vas a ser la excepción. Por eso me han mandado a tu lado, para envenenarte, despacio, pero definitivo. ¿Un ángel de la muerte? Por favor, qué obtuso y típico, no. Es para que nos hagas caso.

Te daré una pista: ¿tienes hambre? ¿La has sentido alguna vez? ¿Has buscado con tanta intensidad un sentido al mundo -que no tiene sentido alguno- hasta que esa necesidad urgente se ha transformado en una pulsión física, que podrías adjetivar como... gástrica? Es la señal inequívoca de que empezó tu descomposición. Quizá ya se inició tiempo atrás, qué importa. Mi encargo es terminarlo, porque mi silencio es tu destierro. ¿Lo sientes? Aún es posible que hayas muerto y estés paseando sobre el asfalto con una (nuestra) identidad prestada. Y que te niegues a ver lo que ocurre. Pero ya no puedes ignorarnos más.

¿Cierras los oídos otra vez? Por qué cierras los oídos. Sabes que estoy en lo cierto, en el fondo lo sabes, lo presientes, en el fondo de ese párrafo donde tratas de saciarte. Porque es una actividad tan pueril, la tuya, buscar la respuesta en manuales, la tuya, para convencerte de que habrá una solución -un diagnóstico, una excusa, un nombre, una pastilla- que te regrese al estado previo, sin ansiedad, mientras ofreces tu espalda como si nada ocurriera. Que te regrese a *ser normal*. Algo pasa, pero no sabes qué, ni cómo, ni dónde. Crees que ignorarlo hará que se borre. Olvídalo, eso no ocurrirá. Hoy te lo anuncio: no hay manera de pararlo. Ya no. Esta cuenta regresiva será la definitiva, última, dosis de veneno. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Porque si no nos haces caso, si sigues ignorando el aviso, esta vez acabarás en el fondo del puente, Claudia.

Yo me encargaré de eso.

Capítulo 2

PRIMERA PARTE

NORMAL

22 de octubre - 6:57 a.m.

Ya es viernes, serán las siete. Desde este puente se ve la autovía y también mi cadáver hecho un guiñapo, ahí abajo. O sólo imagino que voy a tirarme, por vergüenza estética no puedo hacerlo. Qué coño, porque estoy muy borracha. Y cansada. Borracha, cansada y mareada, creo. La A-7 Autovía del Mediterráneo entera gira como una serpiente naranja y el puente gira al compás y el Mediterráneo y yo también. Todos giramos y nadie se marea. No tengo fuerzas para llegar encima de la barandilla, esa es la realidad patética, en un viernes patético, para llenar una noticia patética de los titulares de prensa del viernes. ¿Viernes? O del sábado. *Intento frustrado de suicidio por pesadez de culo.* Ja. ¿Es ya viernes? Porque hace una hora que debo estar aquí, observando, no sé el qué porque no pasan demasiados coches, se me han pegado las manos. O ha sido hace quince minutos... *ahí te quedas, zorra, hasta otra. ¿Por qué no te coges un taxi, Claudia? Porque no, yo siempre me voy andando cuando estoy borracha o no me despejo,* hace quince o veinte minutos que me despedí de Nadia. No sé cuándo. Y después las vistas desde la barandilla. Pocos coches. Antes ha pasado uno negro, haciendo uves dobles de carril a carril. Otro borracho. Pero es día laborable todavía, dónde estará el puñetero tráfico que satura siempre este punto negro, qué aburrimiento. El cielo clarea por un lado pero sigue oscuro por el otro y así no hay manera de tirarse. ¿Al asfalto, sin más? Qué muerte tan ridícula y poco estética. Otro coche, por fin, un Golf plateado. Este va recto. Un Volkswagen que vale un pastizal. Baguen. Buajen. Buaguen. Mira que Nadia lo explicó la semana pasada y ya no me acuerdo, con el ejemplo de Swarovski. Las diferencias entre ruso y polaco y ucraniano de Kazajistán, o yo qué sé de dónde era Nadia. Que tía. Y si no fuera por ella, no estaría aquí, a estas horas, que no sé qué horas son. Es el tipo de mujer que me produce miedo y curiosidad al mismo tiempo, lo polariza todo a su alrededor. Porque es ella la que nos ha organizado a todas, perfectas desconocidas compañeras de trabajo. O ahora ex compañeras. Y da miedo porque me gustaría ser... así... mientras intento esconder mi pequeñez, y eso crea demasiada tensión mental, y ella es una maldita rusa con acento del sur. ¿Cuántos acababa de cumplir? Uno más que yo, así que los 31. Y

mide lo mismo de alto. Pero luego tiene esa tez blanca perfecta, que no es ni lechosa ni rosácea, como la de tantos guiris que se pasean en vacaciones, rosa gamba. Y además es rubia natural, con cejas rubias y pestañas rubias, que es el truco para dar aspecto *rusoide*. O será la nariz de líneas rectas. Porque todo lo demás en ella es escándalo y ruido, siempre con ocurrencias divertidas y anécdotas, siempre dirigiendo. Y las demás, que nos dejamos hacer. Y repetimos, repetimos, como esa frase que hemos repetido esta noche, sus frases se pegan, se propagan, se repiten, como si fueran anuncios de la tele. ¿Cuándo fue? Creo que en el tercer día de trabajo, a la vuelta, me tocaba conducir a mí. *Chicas, sabéis que en polaco "kurva" significa... ¿puta? ¡Cuidado, una señal de curvas peligrosas!* Y así todo el camino, con el dolor de estómago por la violencia de las risas y un momento de hacer uves dobles por la carretera cuando empecé a ahogarme con el cigarrillo. Y a la otra se le escurre el suyo por el asiento, no sé quién fue, y Luisa ahogándose con la tos, y atrás las risas a gritos porque iban a quemar el coche, y otra curva hacia la izquierda, luego derecha y dolor de estómago y otra señal de curvas peligrosas. Como para olvidarse de la palabra. Y creo que tengo frío en las manos. Acumulo tantas anécdotas porque hace mucho que no salgo. No es mala idea hacer un esfuerzo por despegarme del metal donde estoy incrustada. Ahora sí, soy yo la que gira y el resto del escenario se queda paralizado. Argh. Desde un poco más arriba, al horizonte veo una señal triangular. Oh, no. Roja, blanca y con un trazo negro que imita una curva...

...

Y me he quedado sin tabaco. Ah, el de emergencia en el bolsillo pequeño. Pues eso, por dónde iba... es curioso que no haya echado en falta el tabaco durante el congreso. *No fuméis demasiado en la puerta, que da mala imagen.* Con el dolor de pies, como una farola a la entrada, no he tenido tiempo para pensar en otra cosa. *Buenos días, pase por el mostrador de acreditaciones, deme tabaco, gracias, thank you.* Ahora también me duelen muchísimo los pies pero nada que ver. Esto ha sido por bailar como una poseída. Posesa. Poseída del mal, *my dream* (manos al corazón) *is to fly* (brazos arriba) *over the rainbow* (semicírculo) *so high* (saltos), bis, etcétera. Algún ligamento en el cuello ha crujido, como si no fuera suficiente con los pies. Arriba y abajo, dolor desde los pies hasta el cuello, abajo y arriba. Tampoco ha sido para tanto. Sin moverse del segundo bar que hemos pisado, un sitio repetido durante mis años jóvenes con otros tantos nombres distintos. Y la bola de cristal, esa bola de cristal del tamaño justo -ni minúscula ni gigante- que no paraba de mirar embobada durante cada *so high* y algunos estribillos siguientes de canciones que no me acuerdo con el mareo. Ahí me he hecho daño en algún ligamento del cuello, con la cabeza volcada hacia el techo. Porque nos hemos movido poco en toda la noche. Y no recuerdo qué nombre tiene ahora el sitio, hace años era el... no sé, y ahora es... tampoco recuerdo. Bolas de cristal y espejos. La bebida estaba asquerosa, seguro

que garrafón a precio normal. Mañana lo sabré. Luego, cuando haya dormido. O ahora mismo, que no consigo despegarme de aquí, que de repente he visto que me tiraba barandilla abajo, así de fácil, sin ningún motivo violento, sólo porque sí, porque sí, por qué no, tanto como me duele el hígado y el vértigo tan tremendo por la falta de costumbre en sudar y bailar y metabolizar ese alcohol, garrafón del malo, mañana lo sabré, o luego, cuando haya dormido unas horas. Pero esa imagen, como un chiste de dibujos animados o una película superpuesta, esa visualización preventiva, qué más da con lo cansada que estoy, me tiro y *plof*. Qué gracia. Es graciosísimo lo que imagina una mente borracha. Y absurdo. Tan absurdo, ahí puente abajo, que parece un chiste. O patético. Tan patético que ahora, en alguna franja horaria del mundo, seguro que alguien acaba de morir de sed mientras mi hígado va hasta arriba de líquido innecesario. ¿Por qué todo es tan ridículo? Y alguien también estará en un jacuzzi de mármol de Carrara, grifería de oro, y pistolas y coca, podrido de pasta, y no sé por qué me imagino a Nadia bailando el *over de rainbow* ante una pandilla de mafiosos y montocitos de cocaína como si fueran sal. Todo tan bizarro y truculento, la típica imagen del submundo que sale en las películas, submundo de lujo y películas como *Show Girls*. Y putas. Y lujo. Y putas de lujo. Si le cobrara a Mario cada vez que me echo encima de él o lo intento, la lista Forbes y Bill Gates palidecerían con mi cuenta corriente. Aunque tampoco creo que pagara ni un céntimo, esa es la verdad. Y bien. Y ya, tengo que seguir andando hasta casa. No hay demasiados coches todavía.

Capítulo 3

22 de octubre - 16:05 p.m.

El sol de las cuatro tarde entra por el gran ventanal de la terraza, las cortinas abiertas por completo y una claridad que reverbera en las paredes del salón. Demasiado brillante para ser octubre, le parece a Claudia, un fin de semana de tiempo excelente para dar paseos, antes del otoño frío de verdad. La resaca ha convertido su cerebro en un doloroso saco de agujas, y apenas se levanta de la cama vacía, con pasos tenues y cortos para que no retumben en su frente, ha vuelto a la misma posición horizontal pero en el sofá, delante de la pantalla plana de la televisión y un canal aleatorio, el sonido al mínimo.

Esteban ya ha llegado del trabajo para el almuerzo y descansa en el otro cuarto con su ordenador. Tráeme un café, por favor, ha susurrado Claudia, exhalado, apenas dicho, temerosa por si el volumen de su propia voz le provoca más dolor de agujas en la cabeza. La náusea global, desde la punta de los pies doloridos a la punta del cabello, aumenta por la extrañeza ante la propia náusea: no ha habido tal borrachera ni tanta fiesta como para provocar un derrumbe de estas características. Toda la piel del cuerpo está enfebrecida, nota Claudia, que no sabe si pedirle a Esteban que se acerque y la abraza cuando traiga el café, para acompañar esa sensación de cosquillas en la espalda, o al contrario, que intente moverse sin respirar porque sus pasos retumban en toda la casa, en las paredes, en su cerebro acuoso, en el edificio entero.

Un vaso de café, un buenos días, un ¿todo bien, no? estándar y un beso en la frente. Esteban regresa a lo que estaba haciendo y Claudia se sumerge por completo en su sensación de extrañeza, junto a la imposibilidad de sus ojos para enfocar bien el programa de televisión ni reconocer uno solo de los rostros que dialogan en pantalla.

Hace no tanto tiempo se juró a sí misma que eso no le ocurriría nunca; no sería el típico adulto que considera aburrido salir de noche, bailar de noche, beber de noche, sin otro motivo último que salir, bailar o beber porque sí. Se juró que nunca sería aburrida, que eso era de otra época, otra generación, la queja estúpida de por qué sale tanto la juventud, cómo se divierten así. Pero la biología le está quitando la razón. No recordaba así la resaca, tan dolorosa, tan extraña y fuera de sitio. Tan cansada. Ha perdido el entrenamiento para salir, es algo tan lejano de su sofá marrón, sus cortinas abiertas y su terraza que quizá fue en otra vida, reflexiona. El formalismo de un empleo estable, una vida tranquila con Esteban, la preferencia por ver una película en casa acurrucados en el sofá, es decir, todo lo positivo que se le adjudica a una convivencia romántica, si además a él no le gustaba salir como entretenimiento, ya era viejo antes de ser viejo, una vez, otra, y otra hasta que se transforma

en una costumbre, y de costumbre pasa a modo de vida numeroso, al modo de vida normal, y ya no hay otra manera de hacer las cosas.

Pero ni siquiera es tan sencillo como divertirse porque sí. El valor que le otorga Claudia a la vida nocturna ha sido (había sido, hasta que se transformó en vida no solitaria) el del movimiento de espíritu, una conexión inefable con la sensación de tribu, el acto de bailar a la noche como gran fiesta de comunión entre el grupo y los ancestros y quizá algo más. En ese éxtasis perdido es donde se almacenan las verdades del mundo. Sólo que esto no lo explicaba nunca así; se limitaba a una visión quirúrgica de me gusta salir como a todo el mundo, me gusta mucho bailar. Su forma corporal atlética era adorno suficiente para el interlocutor, al que realmente apenas le importaba otra cosa que hora y sitio del botellón para beber hasta la inconsciencia. Y cuánto costaba esa vez.

Jamás había perdido de vista que era una actividad peligrosa e inútil si el único beneficio era bailar. Sobre todo peligrosa, desde el eje central de estropearse el hígado bebiendo con ansiedad y fumar en cantidades más altas que durante el día (sin contar las sustancias ilegales de alguna rave oculta) hasta exponerse a situaciones muy molestas como robo de bolso con documentos vitales o robo de chaquetas. Y al frío acumulado por entrar y salir sudando de los bares, hasta el punto inevitable de un resfriado posterior. Pero también, sobre todo, la parte más horrenda de todas, el peligroso espejismo de la amistad y de la atracción, el dios Baco planeando al unísono sobre centenares de hígados. Todos son amigos y todos te desean y quieren estar contigo bajo la niebla etílica; al día siguiente nadie se acuerda, aunque Claudia se acordara palabra por palabra, gesto a gesto, aunque hubiera regresado a cuatro patas y con los tacones en la mano, no perdía la memoria. Sin embargo, a pesar de estos detalles negativos, el análisis de los adultos que decían no entender esa actividad tonta le ha parecido siempre muy triste, personas domesticadas sin conexión con su lado salvaje, o peor aún: que canalizan ese impulso de generaciones de humanos, sin darse cuenta, sin asumirlo conscientemente ni identificarlo, a través de actividades como hacerse manada para jalearse partidos de fútbol.

No, a ella no le ocurriría nunca, se había prometido. Y acababa de ocurrir, un jueves por la noche. Preferiría no salir más, no tiene sentido y duele. Ahí está, el gesto a cámara lenta, lentísima, de incorporarse unos centímetros sobre la horizontal del sofá para alcanzar el vaso de café que se está enfriando sobre la mesa, sin que las agujas que flotan en el líquido que parece su cerebro le pinchen demasiado. La náusea es tan desagradable que Claudia no puede dejar el cuerpo a la mitad, sus abdominales tienen agujetas, como fiebre, aprovecha el impulso para quedar sentada por completo. La luz es menos dolorosa ahí pero el sonido

mínimo de la televisión, llena de desconocidos, se percibe más potente. A cámara lenta, otra vez, Claudia ve su propia mano extenderse, rodear el cristal y llevarse el café aún templado a la boca.

Y ahora qué, piensa. Cómo es posible, se avergüenza. Tampoco está en tan mala forma física. Tampoco bebió demasiado, no puede hablarse de borrachera escandalosa. Un poco pedo, tal vez. El puntillo apenas. Por qué está sensación de escombros físico. Y el cansancio, para qué salir una próxima vez, si no lo pasó tan bien como se suponía que debía pasarlo. Es posible que haya transcurrido más de un año desde la última vez, también. Y antes de eso, otro año. Y antes, otro año desde que fuera lo habitual. Porque le duele algo más aparte de lo físico, y es el cálculo del tiempo que lleva con ese estilo de vida tranquilo, porque a Esteban no le gusta salir y desde siempre ha tenido el razonamiento de viejo sobre el tema de las madrugadas en pie. Ahora le parece imposible, por ejemplo, una fiesta continua de ocho días como la feria, le produce cansancio adelantado, cuando en su momento fue algo tan espontáneo y natural. Sí, es una actividad tonta. Y la perspectiva de que eso sea la vejez, proceso futuro, que el cuerpo empiece a gastarse y ya no aguante como se quejan los ancianos, ¿será esto? barrunta Claudia con pánico.

La feria se despliega entonces desde alguna parte de su cerebro dolorido, es agosto, es el sur, termómetro por encima de los 37 grados centígrados y quizá el estereotipo del folclorismo con vestidos de lunares y bailar sevillanas, que sí que lo hay, pero nada tiene que ver con la verdadera feria de los espíritus errantes. Su feria infinita fue una tradición creada y voluntariamente asumida bajo las normas de su pequeña existencia, tal y como aceptó otras tradiciones sociales sin poder opinar. Pero esta sí, con su punto álgido en una que marcó el antes y el después de todas las ferias. Esa ocasión vivió los ocho días casi completos de festejos, sin proponérselo, curiosamente todo lo que a la larga es importante sucede de manera casual, reflexiona Claudia, sin planes maduros ni delimitados, arrastrada por las circunstancias como si no tuviera capacidad de decisión sobre nada concreto; la previsión era salir algunos días (sólo algunos) con su grupo habitual de amigas, las del instituto. Todo iba bien durante las primeras horas bebiendo y danzando de un sitio a otro, el primer día, cuando el grupo se peleó hasta partirse en dos, cada trozo hacia un bar diferente, dejándola huérfana con su instante de duda sobre qué facción tenía que (o quería) escoger. Apenas sí recordaba qué ocurrió exactamente, la protagonista fue la prima de alguien, de la que ya entonces no conseguía retener su nombre. Una tipa de la misma edad que se apuntaba a sus últimas salidas grupales, aunque les llevara siglos de ventaja: había dejado el instituto, no tenía previsto estudiar una carrera ni una formación profesional, trabajaba los fines de semana en discotecas famosas y ganando un pastón, quizá por sus tetas gigantes y naturales, y le encantaba, sobre todo, marcar los tiempos de permanencia en un sitio o movimiento hacia el siguiente. Su prima carnal, la compañera de clase de naturaleza tranquila y discreta, estalló con los

vapores del alcohol para gritarle que ya no diera más órdenes.

Claudia se vio en medio de la calle, rodeada de gente igual de borracha que ella, decenas de feriantes sudorosos, incapaz de decidir cuál de las direcciones opuestas le llamaba más la atención. Y cuando por fin lo hizo y echó a andar hacia uno de los sitios donde dijeron que iban, a codazos entre la multitud, se cruzó con otra gente, otro grupo de amigos de sus clases de teatro, que habían decidido con antelación (y sin poder avisarla por algún problema técnico, algún otro guardaría su teléfono y al final no lo tenía nadie) que pasarían la semana juntos.

Desde ese encuentro fortuito empezó la jornada laboral feriante que se mantendría sin interrupción. Vivir para salir, lo más normal del mundo. Todos los días. Quedaban alrededor de las dos de la tarde en el mismo bar de la plaza, corrían las invitaciones entre unos y otros de vasos de tinto con casera o con limón (un litro por persona), en esos vasos de papel plástico y la marca coca-cola tan inútiles, cuyo fondo empezaba a deshacerse a medida que se derretían los cubitos de hielo. Después de eso, las botellas de litro o de tres cuartos de litro de vino dulce, una marca especial e indígena que se comercializaba sólo para la feria, y danzar de un sitio a otro por las calles atestadas de seres humanos, pasar calor y sudar, beber más, beber mejor.

Al ir de un bar a otro se cruzaban con epifanías, a veces: en estrechos callejones del centro, con la música resonando en las paredes y seres humanos apretados, de manera espontánea bailoteaban una canción famosa con su coreografía famosa, perfectos desconocidos al unísono, el clímax colectivo de tribu fuera del paisaje de un concierto o un partido de fútbol, el poder de la masa en trance en mitad de la calle. Y la sensación de que la noche se había sacado a la luz, la mitad de los bares con sus altavoces machacones en la calle, el resto abiertos de par en par a las cuatro de la tarde, los mismos sitios que sólo estaban vivos a las cuatro de la madrugada.

Y bailar de un sitio a otro hasta casi la hora de la cena, cuando las ordenanzas municipales indicaban el corte de la música. Regresar a casa para cenar algo, una ducha y ponerse otra ropa. Ahora sí, al Real de la Feria, donde la noria y las atracciones, las casetas, más música, el equivalente de otros tantos lugares de marcha, la misma actividad hasta el amanecer, las 7 de la mañana; quizá un desayuno de chocolate y churros o café antes de clausurar la jornada. Irse a dormir, levantarse para el almuerzo y salir sobre las dos de la tarde al lugar de la plaza para volver a empezar. Así toda la semana. Ahora sería impensable, imposible, ese ritmo. Cómo, cómo el cuerpo, tanto moverse. Cómo tantos litros de alcohol, medidos por litros y no por vasos, en el hígado. Y todo ese ritmo, además, sin otras sustancias que alcohol y tabaco.

Claudia ahoga su náusea especulativa en otro sorbo de café con leche y tres cucharadas de azúcar. No echa de menos el alcohol. Ni otras drogas. Ni la despreocupación de tener siempre dinero con la paga de los padres. Ni la diversión. No entiende tampoco por qué se acuerda ahora de la feria aquella. Si algo echa de menos es el sentido atávico de pertenencia. Porque hace un par de semanas era una persona integrada, con su horario establecido, minutos delimitados con una tarea concreta, una más de las azafatas en ese congreso para el grupo de extranjeros, casi todos ingleses, que venían a comer gratis y disfrutar de la playa en la Costa del Sol. Cómo es posible que les parezca que hace día de playa, si estamos en otoño. Reunidos en grandes mesas para hablar de golf, campos de golf y paquetes vacacionales en hoteles de cinco estrellas, que disfrutarían otros extranjeros jubilados (empresas de viajes especializados mediante) que no saben dónde meter tanto ahorro y está bien gastarlos en un muchacho alquilado para que les lleve los trastos o conduzca campo a través hasta el siguiente hoyo o que sea diciembre y navidad pero la temperatura ni se acerque a los cero grados de sus tierras natales.

Hace un par de semanas, nada más, y parece tanto tiempo, otra vida. Y ahora de regreso a no ser útil, a la no pertenencia social, al paro y los horarios vacíos.

—Esteban —llama. —Esteban —un poco más fuerte. Con cuidado, que retumba el sonido en todo su cuerpo. Se escucha arrastrar de silla en el otro cuarto y un resoplido, hasta que asoma su rostro en la puerta del salón.

—Qué.

— ¿Has estado alguna vez en un campo de golf?

—Qué clase de pregunta es esa.

—Sólo curiosidad. Dime, ¿has estado en un campo de golf? ¿Has jugado?

—No, no me gusta el golf. Creo.

—¿Me das un abrazo? Con cuidado.

Esteban se acerca y la abraza con cierta desgana, como desde lejos.

—Qué peste a alcohol —y regresa al otro cuarto.

Ya, piensa Claudia. Si las cosquillas de fiebre no hubieran estado ahí, habría percibido el gesto desfondado en su compañero. Pero no lo nota entre tanto pequeño dolor, el de pies, el del cerebro acuoso, el de la resaca extraña y la extrañeza por la resaca. Sólo piensa en la próxima semana laborable, los papeles que tendrá que llevar, documentos, certificados, la nómina. Trámites.

Como desde lejos.